

SANTO TORIBIO, OBISPO DE ASTORGA.

ASTORGA, ilustre ciudad de España, ya por las letras y sabiduría con que ha adornado á toda la Iglesia de España, y ya por la santidad y fama de sus obispos, tributa los honores de patrono y celebra con el rito de primera clase á Sto. Toribio, cuya vida deducida de sus mismos escritos, de la epistola de san Leon el Grande, y un antiguo leccionario de la santa iglesia de Astorga, es como se sigue:

Fué Sto. Toribio natural de la provincia de Galicia; pero se ignora el lugar de su nacimiento, y el nombre de sus padres y familia; bien que segun un breviario antiguo de la iglesia de Astorga, citado por Vivar, consta que fueron gente poderosa, abundante en bienes de fortuna. Esta circunstancia persuade que darian á Toribio una educacion correspondiente á su nacimiento; pero se deduce con mayor claridad de las operaciones y escritos del Santo. Las primeras indican una instruccion completa en los principios de la religion, y unos ardientes deseos de dilatar sus conocimientos con las noticias auténticas del dogma y disciplina de otras iglesias, que adquirió por sus propios ojos. La pureza de lenguaje que conservó en sus escritos, la solidez é instruccion de las materias sagradas, y los elogios que por este motivo mereció á un papa tan santo y tan sabio como S. Leon el Grande, convencen que desde los años proporcionados á los estudios mayores se ocupó el Santo en las humanidades y elocuencia, perfeccionándose despues en todo género de sabiduría. Siendo jóven le faltaron sus padres, quedando el Santo poseedor de un grueso patrimonio; pero considerando Sto. Toribio que las riquezas sirven de trabas para dedicarse á la contemplacion de lo celestial, determinó desprenderse de ellas, y hacerse pobre en lo temporal para conseguir las verdaderas riquezas del alma.

Así decidido vendió todo su patrimonio, y repartió su producto á los pobres, seguro de que depositado en el seno de éstos estaria libre de sustos y se preservaria de todo mal. Hecho esto, y deseando adelantar en ciencia y virtud, emprendió la peregrinacion larga y penosa á Jerusalem. Padeció en ella muchas molestias, asperezas y sinsabores, como lo manifiesta él mismo en la carta que escribió á los obispos Idacio y Ceponio. Pero todos estos trabajos quedaron suficientemente recompensados con la instruccion que adquirió de las costumbres de los pueblos por donde pasaba, y de la disciplina de sus iglesias, de que se informó escrupulosamente como hombre sabio que



STO. TORIBIO O.

era, y como principal objeto de un proyêto tan arriesgado. Habiendo llegado à Jerusalem, se presentó al obispo de aquella iglesia, quien en pocas conversaciones conoció la gran virtud y sabiduría del peregrino Toribio, é hizo de él toda la estimacion que su mérito exigia. Hízole custodio en aquella iglesia de las cosas sagradas, fiando à su cuidado el rico depósito de las preciosas reliquias que poseia pertenecientes à la pasion de nuestro Redentor Jesucristo. Cinco años permaneció el Santo en Jerusalem, enfervorizando cada dia mas su espiritu con la presencia de aquellos lugares santos que el Salvador del mundo santificó con sus plantas, y regó con su preciosa sangre para obrar el gran misterio de la redencion del mundo. Mas siéndole revelado de que muy en breve seria prostituida aquella ciudad santa, profanados los templos, y perseguidos los sacerdotes, resolvió abandonar aquellas tierras, y volverse à su patria; pero al mismo tiempo pensó con una prudencia celestial traerse consigo una gran parte de las santas preciosidades que guardaba para enriquecer à España con tan inestimable tesoro, libertándole al mismo tiempo de los insultos de los bárbaros. Vuelto à España, se dirigió à Galicia su patria, en donde comenzó à ejercitarse en tan fervorosos actos de piedad, que no dudó el cielo aprobarlos con sus maravillas. Una de éstas se dice haber sido que estando enferma gravemente una hija del rey de los Suevos, que à la sazón ocupaban aquellas tierras, el Santo la sanó milagrosamente. Esto mismo se verificó con otros varios enfermos de diversas enfermedades, por lo cual comenzó su fama à tener tal reputacion entre los fieles, que con sus copiosas limosnas pudo fabricar un templo, que dedicó al Salvador, y en donde depositó para la veneracion pública las reliquias que habia traido de Jerusalem. Por este tiempo vacó el obispado de Astorga, no por muerte de Ditinio, como vulgarmente se asegura, sino de otro, cuyo nombre han oscurecido los siglos. Viendo los fieles el gran caudal de virtud y letras que habia traido Toribio, pusieron los ojos en él para elevarle à la cátedra episcopal. El Santo desconociendo de sí mismo se resistió cuanto pudo la elevada dignidad; pero las instancias del pueblo y el espiritu de Dios le obligaron, contra su voluntad, à tomar sobre sí el cargo de pastor hácia los años de 444. Apenas se vió obispo espermentó una borrasca, en que estuvo à peligro su reputacion y su inocencia; mas el cielo, por cuya inspiracion, y no por eleccion propia, habia recibido el obispado, tomó à su cargo la defensa, contestando con un portentoso milagro la santidad de Toribio y la malignidad de su perseguidor.

Era éste un diácono de la iglesia de Astorga, llamado Rogato; el cual habia solicitado ser hecho obispo. Como el pueblo, desatendiendo sus máquinas y ambiciosas pretensiones, habia preferido la santidad de Toribio, se irritó la ira de su competidor en tanto grado, que determinó deshonrarle y perseguirle por todos los medios posibles. No se contentaba con abatir su mérito con palabras injuriosas, llenando todas las conversaciones de su desprecio, sino que el odio y el resentimiento le precipitaron de manera, que se determinó al mas horrendo delito, à fin de conseguir la perdicion de Toribio, creyendo que de ella resultaria el logro de sus ambiciosos intentos. Acusó al Santo de un crimen tan feo y abominable, como es el del adulterio, mayormente en una persona eclesiástica condecorada con la dignidad episcopal. Sintió el Santo, como era justo, una acusacion tan horrorosa; y levantando à Dios el corazon con fervor y lágrimas, le pedia de continuo protegiese su inocencia. Esta inspiró en el alma del santo obispo tal confianza en la divina misericordia, y tal seguridad de que el divino poder emplearia sus maravillas en la justificacion de un pastor atribulado, cuyas exhortaciones al pueblo haria débiles é infructuosas la infamia, que determinó hacer una prueba pública de su inocencia, en que ésta quedase tan victoriosa, como patente la calumnia del inicuo diácono. Fuése à la iglesia catedral en un dia de grande concurso; y habiendo manifestado al pueblo con lágrimas el estado en que se hallaba su honor, volviendo à Dios los ojos, imploró sus auxilios para el buen éxito de su defensa. Hecho esto, mandó traer al altar una porcion de fuego, y tomando con sus sagradas manos muchas ascuas encendidas, las envolvió en el roquete que tenia puesto, y entonando el salmo de David, que comienza: *Levántese Dios, y dispense sus enemigos*, dió vuelta à la iglesia cantando aquel largo salmo, y llevando las ascuas en el roquete, sin que éste ni las manos del santo obispo padeciesen lesion alguna. Todo el pueblo vió con sus ojos que el roquete no solamente habia quedado sin daño, sino que no tenia la menor señal ni mancha del fuego que habia contenido. Quedaron todos atónitos y confusos de semejante maravilla, publicando à voz en grito la inocencia de Sto. Toribio y la perfidia de su maligno delator. Este recibió allí mismo del cielo todo el castigo que merecia su execrable delito; pues à semejanza de Judas confesó públicamente su maldad, y sin que esto bastase para apaciguar la justa ira de la divina Justicia, reventó en presencia de todos, pagando con tan lastimosa muerte los excesos à que le habia conducido su ambicion. Dió Toribio humildes gracias al cielo por

tan señalado beneficio, y libre ya de este cuidado, y agradecido á los grandes favores que acababa de recibir, comenzó con nuevo fervor á entregarse al cuidado de sus ovejas, y á la santificación de su alma.

Desde que habia vuelto de Jerusalem habia advertido que la secta de Prisciliano, noble español, iba brotando nuevos retoños en toda aquella provincia. Este famoso heresiarca, sublimado por malos medios á la dignidad episcopal, habia causado daños gravísimos en la iglesia de España, que habian obligado á tomar las mas serias providencias. Su nacimiento, sus opulentas riquezas, su genio vivo y perspicaz, su persuasiva elocuencia y la severidad de sus costumbres daban recomendacion á sus errores. Aunque éstos habian sido ya cortados de raíz en algunos concilios, como habian llegado á apoderarse de muchas personas nobles, y lo que es peor, de muchos pastores de la Iglesia, conservaban todavía el vigor y jugo necesarios para reproducirse. Lo que causaba mayores perjuicios eran ciertas escrituras apócrifas, a las cuales los herejes daban tanta autoridad como á los Evangelios. Esparcianlas con sumo cuidado é interés entre los fieles, porque en ellas divulgaban al mismo tiempo sus blasfemias y errores. De esta naturaleza eran *Los Hechos de Sto. Tomé, de S. Andrés, de S. Juan*, escritos por un mal hombre llamado Lucio; y el libro intitulado *Memoria de los Apóstoles*, el cual destruía la ley del Testamento antiguo; sin otros varios, que por contener doctrinas vergonzosas, conservaban mas ocultos. A todo hizo frente Sto. Toribio, el cual, deseoso de arrancar toda la zizaña que el enemigo comun iba sembrando en el campo de la Iglesia, se preparó á combatir todos los errores, impugnándolos con su celestial sabiduría. Reuniólos todos por capitulos en un commonitorio y libelo, de que hace mencion en una carta escrita á Idacio; en los cuales descubriendo el pestilente veneno que contenian, impugna distintamente todas sus blasfemias y errores, respondiéndole á sus argumentos capciosos. Envió estas obras á dos obispos de los mas sabios y virtuosos que habia entonces en la provincia de Galicia, avisándolos al mismo tiempo de sus descubrimientos de nueva ponzoña, y de lo que habia practicado para precaver su venenosa infección. Este commonitorio y libelo son mencionados por Montano, obispo de Toledo, y por S. Ildefonso, los cuales dan á nuestro Santo los títulos honrosos de *beatísimo y religiosísimo*; añadiendo el primero, que cualquiera que lea los mencionados escritos, no solamente conocerá la sordida herejía de Prisciliano, sino que verá corrido el velo de las tinieblas y astucia á la oculta peste que

en si encerraba. En el tiempo de este obispo eran comunes en España estos escritos de Sto. Toribio; pero en el dia carece nuestra Iglesia y toda la católica de tan precioso tesoro de doctrina, restándonos únicamente lo que S. Leon vertió en su admirable epistola.

No contento el Santo con lo que habia practicado poniendo en arma á los obispos zelosos para que cuidasen de la pureza de la fe, y despertando la cautela de los fieles para que estuviesen alerta contra los errores, determinó aplicar remedio mas poderoso al daño que se experimentaba. Gobernaba la silla apostólica desde el año 440 el santísimo papa Leon, llamado el Grande. Contempló el Santo que la sublime autoridad y grande sabiduría de este sumo pontífice podrian remediar con mayor eficacia los progresos de la pestilencial herejía. Con este pensamiento le envió un diácono de su iglesia llamado Pervinco, á quien entregó el commonitorio y libelo que habia trabajado contra los priscilianistas, y una carta para el santo Padre. Respondióle éste á 21 de julio del año 447, dando muchos elogios al ardiente zelo con que abrazaba trabajos tan útiles á la verdad católica, y al esmero que como buen pastor ponía en librar las ovejas de Jesucristo del lobo carnicero que las perseguía. Elogia igualmente el método y diligencia con que habia reducido á diez y seis capitulos todos los errores del heresiarca, y la solidez y copia de doctrina con que en el libelo los rebatía. El mismo sumo pontífice los impugnó uno por uno, concluyendo su carta con la intimacion de un concilio nacional, para cuyo efecto escribió á los prelados de las demás provincias, encargando á Sto. Toribio que notificase á todos el decreto pontificio. *Pero si, lo que Dios no quiera, se ofreciesen impedimentos insuperables para el concilio general, añade el santo pontífice, téngase uno en la provincia de Galicia, y cuiden de su congregacion los obispos, uniéndose con ellos vuestra solicitud, para de este modo poner cuanto antes remedio á tantos males.* Este encargo del sumo pontífice á Sto. Toribio, y las expresiones de su carta, son los testimonios mas auténticos de sus virtudes episcopales. Conocía éstas el pastor universal, ya por los escritos que regularmente manifiestan las virtudes ó vicios del alma que los produce; ya de la relacion del diácono Pervinco, quien le informaría por estenso de su caridad y zelo; y últimamente, por el trato personal que tuvo con el Santo volviendo de Jerusalem por Italia, como lo atestigua el rezo actual de que usa la iglesia de España.

Notificadas las letras pontificias, procuraron los padres de las cuatro provincias de España, la Cartaginense, la Bética, la Lusi-

tania y la Tarraconense, darlas el debido cumplimiento. Juntáronse efectivamente en Toledo, y no asistieron los obispos de Galicia, porque dominada por los Suevos, no tuvieron proporcion para obedecer el decreto pontificio sin grave detrimento en sus vidas, ó en los privilegios de sus iglesias. En este concilio se reprodujo la regla de fe establecida en el anterior del año de 400, la cual juzgaron suficiente remedio á los males presentes, como lo habia sido contra los errores de Prisciliano. Como los obispos de Galicia no habian podido asistir al concilio nacional, procuraron juntarse en concilio provincial, el cual se tuvo en Braga; pero con el dolor para Sto. Toribio y todos los buenos católicos de no corresponder el suceso á las santas intenciones del prelado que le habia solicitado, ni del sumo pastor que le habia mandado juntar. Estaba aquella provincia inundada de herejes priscilianistas, que conservaban oculto el veneno de sus errores; y esto no solamente sucedia entre las personas nobles y poderosas, sino aun entre los mismos prelados. En el año de 445, hallándose el obispo Idacio con Sto. Toribio en Astorga, persiguieron de comun acuerdo á estas gentes perniciosas, y habiendo descubierto muchas, formaron autos contra ellos; y los convencidos de sus errores procuraron salvarse con la fuga á Lusitania. El prelado de Mérida, llamado Antonino, en el año de 448 descubrió á uno de estos herejes, llamado Pascencio, natural de Roma, al cual formó proceso. Sto. Toribio, noticioso de ello, envió al metropolitano de Mérida el proceso que él y el obispo Idacio habian formado contra aquellos herejes. Visto todo por Antonino, pronunció sentencia de destierro contra Pascencio, la que se verificó echándole de toda la Lusitania. Todas estas acciones prueban el zelo pastoral y viva solicitud de Sto. Toribio en purgar el campo de la Iglesia de yerbas ponzoñosas; en alimentar las ovejas que se le habian confiado con la doctrina pura del Evangelio; en poner éstas á salvo contra las asechanzas y astucias del lobo carniceiro; en procurar por todos los medios el adelantamiento y esplendor de la Iglesia católica; y en una palabra, en cumplir las obligaciones de un buen pastor, que, como dice Jesucristo, da su vida por sus ovejas. De este modo, cargado de virtudes y merecimientos, le llamó Dios á mejor vida para darle la corona que merecian sus trabajos. No se sabe á punto fijo ni el año en que murió, ni el sitio de su glorioso tránsito; pero sí tienen alguna autoridad las conjeturas, hallándose que su pontificado duró como unos veinte años, en cuyo tiempo pudo alcanzar la desolacion de Astorga: á caso Sto. Toribio fué uno de los dos obispos que cautivaron y maltrataron los Godos. Ya se sabe que Teodo-

rico, rey godo, vino á España contra el rey suevo Reciaro, protegido del emperador Avito; que se dió una sangrienta batalla á tres leguas de Astorga en viernes 5 de octubre de 456; que al año siguiente, al volverse el Godo vencedor á Francia, asoló la ciudad de Astorga, profanó los templos, conculcó las cosas sagradas, saqueó todas las riquezas, quitó la vida inhumanamente á muchos eclesiásticos y nobles, no perdonando su furor ni á las mujeres, ni á los viejos, ni á los niños, quemando además las casas, que privadas de sus habitadores eran inútiles; y últimamente, que entre estos infelices fueron hechos cautivos dos obispos, cuyos nombres no nos los dice Idacio. Es creible que uno de ellos fuese el prelado de aquella ciudad Sto. Toribio, el cual, á imitacion de S. Agustin, pediria á Dios le sacase de esta vida por no ver en poder de bárbaros su iglesia y su rebaño. No hay razon tampoco que nos obligue á establecer que su sagrado cadáver fuese depositado en otra iglesia que la de Astorga, así como no la hay para creer que el Santo muriese en otra parte, ni fuese oriundo de otra ciudad ó provincia, atendiendo á la disciplina constante de aquellos tiempos, en que los obispos eran elegidos por el pueblo entre el clero de la iglesia que habian de presidir, para que sus ovejas amasen á su pastor, y éste conociese una por una á sus ovejas. En el siglo VIII, por causa de la invasion de los Moros, fueron trasladadas sus reliquias, juntamente con las que trajo de Jerusalem, al monasterio de S. Martin de Liévana, que con el tiempo perdió la advocacion de S. Martin, y se intituló de Sto. Toribio. En este sitio permanecen, haciendo Dios muchos milagros en honor de los despojos de su verdadero siervo, menospreciador de sí mismo, amador de la religion, defensor de la verdad católica, destruidor de la idolatría, confutador de los errores, singularmente de los detestables del heresiarca Prisciliano.

SAN FRUCTUOSO, ARZOBISPO DE BRAGA Y CONFESOR.

SAN Fructuoso, descendiente de los reyes godos, nació en España, á principios del siglo VII. Su padre obtuvo los primeros empleos en la corte y fué general del ejército, y tuvo muchas haciendas y ganados en la tierra del Bierzo. Desde su primera edad miró Fructuoso al mundo como él se merece, de manera que como una vez lo llevase consigo su padre á ver sus posesiones y rebaños, tocado el niño de Dios iba examinando donde habria en aquellos montes lugar á propósito para edificar un monasterio. Muertos sus padres, descando prepararse para

servir á Dios en la vida a que lo llamaba, se vistió de eclesiástico y se sujetó á la direccion de Conancio, muy santo obispo en aquella edad, que desde el año 607 gobernaba la iglesia de Palencia.

De la escuela establecida por este obispo para la educacion de su clero, salió Fructuoso para fundar de sus propios bienes el monasterio de los santos Justo y Pastor, que por el lugar del martirio de estos santos se llamó *Complutense*, ó tal vez por caer en territorio de un pueblo llamado en lo antiguo *Complutica*, y ahora *Compluto*, en las montañas cerca del Bierzo dentro de sus propios estados, no léjos de Astorga. A este sitio acudió tanta gente atraída de la fama del ilustre fundador, que muy presto se pobló aquella casa, que el mismo S. Fructuoso gobernó en calidad de abad despues de haber tomado él mismo el hábito monástico.

Previó el enemigo comun las grandes utilidades que produciría aquella ilustre congregacion bajo la direccion de su santo abad, y pretendiendo turbarlas, incitó á un cuñado suyo para que se querellase al rey Chindasvinto, sobre los agravios que habia hecho en los bienes aplicados al monasterio, de los que se debian parte á su mujer por razon de la herencia paterna. Tuvo Fructuoso muchos sentimientos en la demanda; pero recurriendo á Dios con fervorosas súplicas, para que se dignase mirar con benignos ojos aquel piadoso establecimiento, vengó el cielo con la muerte del avaro cuñado la persecucion que causó á su fidelísimo siervo; con cuyo visible castigo estuvo tan distante el rey de quitar cosa alguna al monasterio, que antes bien le dotó con cuantiosos bienes, segun aparece por su real privilegio del año 646.

Libre ya el Santo de aquella tribulacion, se dedicó enteramente á que floreciese la observancia regular en el monasterio de Compluto. Con esta mira prescribió á los monges una regla llena de sabios, de prudentes, y de santos documentos, y elevó aquella ilustre casa al mas alto grado de perfeccion con sus zelosas exhortaciones, y con sus edificantes ejemplos; pero como á los ecos de la eminente santidad de Fructuoso acudian cada dia innumerables gentes al monasterio, que perturbaban la quietud que apetecia para la contemplacion de las grandezas divinas, y de las verdades eternas, que era el objeto de todas sus atenciones, se retiró secretamente á un lugar solitario, de lo mas áspero de aquellas montañas, donde soltando las riendas á su fervor, renovó con el rigor de sus mortificaciones aquellas espantosas imágenes de penitencia, oidas hasta entonces en los desier-

tos de Egipto. Su ayuno era continuo, su abstinencia prodigiosa, sin tomar otro alimento que las raices amargas, y algunos frutos silvestres que producía la esterilidad de aquel desierto, lo que contribuía no poco á aumentar su mortificacion; pero el Señor endulzaba maravillosamente estos rigores con el don de contemplacion que le concedió tan elevado, que puede decirse que estaba continuamente en oracion, y que ésta era continua.

Pareció á Fructuoso muy conveniente para la ereccion de un monasterio el sitio de su retiro, por la separacion que tenia de todo el comercio humano. Labrólo con efecto, en la misma tierra del Bierzo mas abajo de Ponferrada, junto al nacimiento del rio *Oza* ó *Veza*, no léjos del Castro *Rupiana*, mencionado en las obras de S. Valerio, abad y restaurador de esta casa, dedicándole á honor del Principe de los Apóstoles: por esta razon, y la de su situacion se llamó el monasterio de *S. Pedro de los montes*. Eligió en él para sí una humilde habitacion cerca del altar mayor, donde vivió recluso voluntariamente, disfrutando por medio de las mas altas contemplaciones aquellos consuelos celestiales, con que el Señor regala á sus siervos muy amados. Sacáronle de allí los monges de Compluto muy contra su voluntad para no defraudarse de su acertado gobierno; pero como los fervorosos deseos del ilustre padre no eran otros que dilatar las colonias de siervos de Dios, á fin de que emulando á los ángeles, se oyesen los cánticos de las alabanzas divinas en los montes, y en las soledades, bajándose por la tierra del Bierzo á los confines de Galicia, fundó varios monasterios; entre los que fueron muy célebres el de Villafranca, el de S. Pedro junto Villanueva, y el de la Isla frente del mismo pueblo, alentando á los monges en todos ellos mas con el ejemplo que con las palabras á la consecucion de la perfeccion á que eran llamados.

Ofendian mucho á la profunda humildad del Santo los concursos de las gentes, que le seguian en todas partes; y como todas sus ansias eran vivir separado del comercio de las criaturas, para tratar únicamente con Dios, se supo esconder tan bien entre unas espesas selvas que apenas podian penetrar los rayos del sol, que fueron en vano las mas esquisitas diligencias que se hicieron en su busca. No era esta la voluntad de Dios, sino el que fuese útil á muchos; y así dispuso, que fuese descubierto por uno de aquellos maravillosos prodigios de que se vale su adorable providencia. Habia criado Fructuoso á mano ciertas avecillas en su monasterio, y volando éstas por la misma selva, luego que vieron á su bienhechor, manifestaron con festivos cánticos, y con alegres movimientos el paradero del Santo.

Quiso visitar Fructuoso el templo de Sta. Eulalia de Mérida, á quien profesaba una devocion especialísima: hizo este viaje con algunos monges, y habiendo concluido aquel acto de obsequio para con la ilustre mártir de Jesucristo, determinó pasar á la Andalucía, con el noble objeto de ampliar en aquella provincia sus establecimientos monásticos. Partió á esta expedicion en el rigor del invierno, sin detenerle el frío, el hielo, ni las frecuentes lluvias de la estacion; y habiendo llegado á un rio de rápidas corrientes, lo pasó á pié enjuto como los Israelitas por el mar Bermejo. Cayó en las aguas cierto jóven con el caballo que llevaba los libros del Santo, y obró el prodigio de librar al jóven aquel peligro, y que los libros apareciesen en la orilla del rio sin de la menor señal de humedad.

Llegó á Sevilla el ilustre padre, y habiéndose detenido algun tiempo en aquella ciudad, la ilustró con su santa conversacion, y con sus admirables ejemplos. Pasó á visitar la iglesia de san Geroncio que está en Sevilla la vieja; y resistiéndose los marineros ó barqueros á volver á Sevilla con la nave ó con la barca, por ser ya entrada la noche cuando concluyó sus religiosos obsequios el Santo, les dijo que no se molestasen, porque Dios sin trabajo le volveria á la ciudad, como se verificó puntualmente, hallándose todos á la otra parte del rio sin hacer uso de los remos.

Partió de Sevilla á Cádiz, y no satisfecho con la fundacion que hizo en la isla llamada por entonces Gaditana, erigió en una vasta soledad del mismo territorio el suntuoso monasterio que se llamó Noño, por ser el nono de los que hasta entonces habia edificado: el cual fué tan numeroso, que mas parecia poblacion, que casa de desierto, pues la fama del ilustre fundador atrajo á muchas personas de la nacion á aquel religioso claustro, con el deseo de dedicarse enteramente al servicio del Señor bajo la enseñanza de tan santo como sabio maestro; á cuya disposicion pusieron cuantiosísimas limosnas, para que las invirtiese en los piadosos designios que le pareciesen convenientes. No fué solo el establecimiento monástico que hizo Fructuoso en aquel territorio para varones, tambien sirvió para las ilustres vírgenes que quisieron consagrarse á Dios, de las que fué muy señalada Santa Benedicta la primera fundadora, habiendo concurrido al Santo para que la dirigiese en el camino del cielo, segun se dice en su portentosa vida, que podrá ver el lector en el día 29 de junio.

No contento Fructuoso con haber ilustrado á España con tantos y tan célebres monasterios, quiso pasar al Oriente á dilatar en él los mismos establecimientos; pero habiendo descubierto su intencion uno de sus discipulos cuando ya tenia preparada la em-

barcacion, sintiendo los españoles que tan brillante antorcha se ausentase de la nacion, dieron parte al rey Recesvinto de la determinacion del Santo. Espidió inmediatamente el religiosísimo príncipe su real orden para que se custodiase á Fructuoso en un lugar seguro sin causarle la menor molestia; pero todas las prevenciones que se tomaron para la seguridad de su persona, no impidieron el que saliese de noche, sin ser visto de los guardas, á satisfacer sus devociones en los templos, abriéndose por sí mismas las puertas de la prision; bien que como era tan obediente á los preceptos de su soberano, se volvía á la reclusion luego que concluía sus estaciones.

Vacó por aquel tiempo el obispado de Dumio en la provincia de Portugal; y como el rey Recesvinto deseaba ligar á Fructuoso con alguna causa justa que le obligase á residir en España, hizo en su persona el nombramiento de aquella cátedra, hallándose muy distante de apetecer honoríficos empleos. Fácil es de creer en un varon apostólico que tenia acreditado este carácter con tan relevantes pruebas, la vigilancia pastoral con que satisfizo todos los deberes de su alto ministerio; dejándose ver en todo sino el original, á lo menos la copia de los prelados perfectos que exige S. Pablo en el candelero de la Iglesia.

Asistió el santo prelado al concilio Toletano X, que se celebró en el año 657; y habiendo sido depuesto Patamio, arzobispo de Braga, por el delito de fragilidad que confesó él mismo lleno de arrepentimiento, pusieron los ojos todos los padres en Fructuoso, para que ocupase aquella silla metropolitana á pesar de su humilde resistencia. No alteró la nueva dignidad un ápice la conducta, ni la religiosidad que conservó en el claustro el ilustre prelado, dejándose ver siempre tan pobre, y tan humilde cuando arzobispo, que cuando solitario, y cuando monge. Con la frugalidad de su mesa, y con la modestia del tren de su casa tuvo medios para socorrer á muchos miserables; pero no parando en esto su vigilancia pastoral, reparó, y adornó diferentes iglesias, solicitando que en ellas se celebrasen los oficios divinos con toda la posible magnificencia por doctos ministros. Tambien fundó entre Braga y Dumio el célebre monasterio de S. Salvador de Manciolo, de que hizo donacion en lo sucesivo el rey D. Alonso el Magno á Sisenando, obispo de Compostela. Deseaba el Santo que fuese aquella ilustre casa el lugar de su sepulcro; y habiendo tenido revelacion de la hora de su muerte sin tener concluida la fábrica, trabajaba por las noches con hachas encendidas, para tener el consuelo de verla acabada antes de espirar. Acometióle una fiebre maligna, que le puso en inminente

riesgo : manifestó á los asistentes el dia y la hora puntual de su tránsito lleno de extraordinaria alegría, porque se llegaba el tiempo de disolverse de los vínculos carnales para unirse con Jesucristo; y preguntándole los circunstantes que si temia á la muerte, les respondió : *No la temo, porque aunque pecador, sé que camino á la presencia de mi Dios.* Hizose llevar á la iglesia, donde en traje de penitente, segun la costumbre de aquellas edades, recibió los últimos sacramentos, edificando al pueblo con los fervorosos actos de contricion, y manifestando con amorosos afectos el encendido amor de Dios en que se hallaba abrasado; estendiendo los brazos en ademan de abrazar la felicidad eterna, murió tranquilamente en el dia 16 de abril del año 665, con universal sentimiento de todos sus súbditos, que lloraron amargamente la falta de un pastor tan santo, y de un padre tan caritativo.

Dieron sepultura al venerable cuerpo del ilustre arzobispo en el monasterio de S. Salvador, que despues se llamó de S. Fructuoso, y es hoy de religiosos descalzos de S. Francisco, donde se mantuvo en grande veneracion hasta el año 1102, en el que pasando D. Diego Gelmirez, arzobispo de Santiago, á visitar varias iglesias, que pertenecian á la suya en la provincia de Portugal, valiéndose de piadosísimas industrias, trasladó el cuerpo del Santo con las reliquias de otros siervos de Dios á Compostela.

SAN LAMBERTO, MÁRTIR DE ZARAGOZA.

EN este dia hace conmemoracion el Martirologio romano de san Lamberto, de quien nos dicen varios escritores nacionales, que fué uno de aquellos ilustres mártires de Jesucristo que testificaron con su sangre las infalibles verdades de nuestra santa fe, á poco despues que el bárbaro Daciano sacrificó al furor de su colérica saña los innumerables mártires de Zaragoza, cuyas actas se refieren en el dia 3 de noviembre. Vivía Lamberto en aquella capital del reino de Aragon haciendo profesion del cristianismo, no estinguido en ella á pesar del mas formidable estrago que jamás vieron los siglos en tanto número de mártires como murieron en aquel dichoso pueblo : servia en clase de labrador á cierto infiel, adicto como el que mas al culto de los ídolos; y habiendo tenido con su amo varias reñidas controversias sobre las falsas deidades, á quienes veneraban por tales los gentiles, le quiso obligar el dueño en uno de los dias que se ocupaba Lamberto en la labor, á que prestase adoracion á los ido-

los , amenazándole , que cuando no lo hiciese , preparase el cuello al cuchillo ; pero el horror que le causó la sacrilega impiedad á que queria precisarlo , y la heroica constancia con que se negó á cometerla , redobló la crueldad del pagano en términos , que lo decapitó inmediatamente. No tardó el Señor en acreditar con admirables maravillas lo agradable que le habia sido el sacrificio de su fidelísimo siervo ; pues luego que se ejecutó el injusto atentado , cogiendo el cadáver con las manos la cabeza , se condujo con ella al lugar donde descansaban las reliquias de los innumerables mártires , cuyos cuerpos habiéndolos mandado quemar el bárbaro Daciano , se convirtieron sus cenizas en una masa de exquisita blancura , con los que se incorporó el Santo , señalando por sí mismo el lugar de su sepultura.

En el lugar de su martirio se fundó despues bajo su invocacion un convento de la órden de la santísima Trinidad. Guárdase en él un pedazo de la zarza que consta por tradicion haber sido plantada por el Santo en el mismo sitio , la cual dice el P. Murillo que se conserva tan sólida , tan entera y tan sin carcoma , como si acabára de plantarse.

Zaragoza venera á S. Lamberto como á su especial abogado. Acrecentóse esta devocion desde los tiempos de Adriano VI con el ejemplo de este sumo pontifice , y tambien con el prodigio de haber salido sangre fresca del sagrado cuerpo habiendo cortado de él una quijada.

SAN JOAQUIN DE SENA, CONFESOR, DEL ÓRDEN DE LOS SERVITAS.

FUÉ natural de Sena , y de la noble familia de Palacani. Apenas habia llegado al uso de razon , cuando descubrió una inclinacion dichosa á la piedad. Parecia haber mamado con la leche de su madre una devocion muy singular á la Virgen María , y su mayor delicia en su niñez era orar ante su imágen , ó altar , y repetir muchas veces , y en todo lugar , la salutacion angélica del Ave María. No era menos extraordinaria que su devocion su caridad para con los pobres. Desnudábase para vestirles , y aliviarles , y cuanto le daban para su uso lo distribuia en los pobres , no cesando además de esto de molestar continuamente á sus padres en favor de los necesitados : reprendióle un dia su padre , y le dijo , que era necesario que la prudencia pusiese límites á su liberalidad , ó veria á toda su familia reducida á la mendicidad é indigencia. El jóven compasivo respondió con mucha modestia : *Vos mismo me habeis enseñado , que las limosnas se*



B. JOAQUIN C.